

Desarrollo recíproco. Perspectivas de una justa asociación

Helio Jaguaribe

Helio Jaguaribe: Político brasileño. Decano del Instituto de Estudios Políticos y Sociales, Río de Janeiro. Autor de numerosos libros y ensayos de ciencias políticas y sociales.

Las relaciones entre América Latina y Europa se encuentran actualmente, según el autor, en un estado de franca indeterminación, preñado de grandes posibilidades de cooperación recíproca, pero también de fuertes probabilidades de que las dos partes sigan direcciones separadas. ¿Cuáles son los factores determinantes en esta frustración de expectativas de ambas partes? Para el autor, Europa sufre la presión de limitaciones económicas y culturales estratégicas, destacándose entre ellas las actuales políticas oficiales de defensa, dentro de la alianza de la OTAN, y aquellas políticas para superar la estanflación y el malestar social, con sus repercusiones neoconservadoras. Para América Latina, las limitaciones radican en la colosal e inmanejable deuda externa y la persistente presencia de fuerzas políticas e ideológicas derechistas. Es precisamente esta ola neoconservadora, que ha alcanzado desde 1970 una influencia decisiva en ambas riberas del Atlántico, lo que mantiene las relaciones entre América Latina y Europa en un estado de indeterminación, estado éste que no puede durar mucho tiempo, ya que tendrán que producirse a corto plazo, importantes cambios que modifiquen la dirección de estas relaciones. El autor, finalmente señala cuáles serían, a su juicio, las opciones básicas que deberían establecer, tanto Europa como América Latina en sus nuevas relaciones.*

* Versión revisada de la ponencia presentada en el coloquio "Democracia y democratización: un diálogo entre Europa y América Latina", organizado por el Consejo de Europa y el Instituto de Relaciones Europeo-Latinoamericanas (IRELA) en Estrasburgo, del 3 al 5 de junio de 1986.

Las relaciones culturales, económicas y políticas entre América Latina y Europa han seguido, desde el momento del descubrimiento y de la colonización, direcciones diversas.

Al examinar esas relaciones, desde el punto de vista de la independencia de los países de América Latina, cabe distinguir tres grandes períodos desiguales.

El período de principios del siglo XIX al decenio de 1920 se caracterizó por una típica relación semicolonial en la cual las sociedades subdesarrolladas de América Latina importaban cultura y productos acabados de Europa y exportaban a ésta productos primarios. Entre el decenio de 1930 y el de 1960, período de profundos cambios internos y rápido desarrollo para América Latina, Estados Unidos ejerció una hegemonía absoluta sobre la región y relegó a Europa a un lugar secundario y complementario salvo en el plano cultural, donde el predominio europeo se mantuvo durante el período de guerra y volvió a resurgir a partir de los años 70. Una tercera fase comenzó a esbozarse desde principios del decenio de 1970, cuando la creciente complejidad de la región, tomada como un todo, sobrepasó las posibilidades de Estados Unidos para actuar como una especie de mediador general entre América Latina y el mundo. Los grandes países de América Latina - Brasil, México, Argentina y Venezuela -, ya consolidados económica y culturalmente, alcanzaron una posición internacional considerable y mostraron la correspondiente propensión a desempeñar un papel autónomo.

Las normas habituales son totalmente insuficientes para describir una gran región como ésta, que comprende países sumamente diversos, desde las diminutas y pobres sociedades agrícolas de Centroamérica, hasta países enormes como Brasil y México, con un alto nivel de industrialización, a pesar de que subsistan grandes sectores subdesarrollados. Los problemas de los pequeños países de Centroamérica son totalmente diferentes de los de tamaño medio de Sudamérica. Los países grandes representan características y necesidades propias que los hacen entrar de lleno en el meollo de las relaciones internacionales. Es decir, sólo se puede hablar de relaciones entre América Latina y Europa a un nivel bastante amplio de generalización. En este contexto, la validez de lo que se diga a ese nivel de generalización suele ser mayor respecto de los países grandes de América Latina que de los pequeños o medianos.

En un momento histórico en el que América Latina, como región, y sus grandes países, como naciones específicas, han desarrollado la capacidad y la necesidad de desempeñar un papel independiente en los asuntos mundiales, se ven obligados a mirar hacia Europa - básicamente en el sentido de Europa occidental - con la esperanza de mantener con ella unas amplias relaciones. Pero, en lugar de tal interrelación amplia y a pesar de todo tipo de importantes intercambios económicos y culturales, lo que realmente caracteriza, en este momento, las relaciones entre América Latina y Europa es, como ya hemos observado, un estado de profunda indeterminación.

El estado de indeterminación

Este estado de indeterminación, que refleja la profunda diferencia existente entre las expectativas y los logros reales, tiene sus raíces en ambos lados del océano. La diferencia existente se advierte, sobre todo desde el punto de vista de América Latina, la cual considera que los países europeos son interlocutores políticamente indecisos y económicamente miopes, con grandes contradicciones entre sus principios y sus prácticas. Pero también los europeos, aunque a menor escala, advierten esa diferencia y la falta de correspondencia entre la promesa latinoamericana y su realidad.

Los factores principales que determinan la frustración de las expectativas de ambas partes son relativamente fáciles de discernir. Europa, bajo la presión de limitaciones económicas y culturales estratégicas, parece especialmente inmóvil. Entre esas limitaciones tienen importancia crucial las actuales políticas oficiales de defensa, dentro de la alianza de la OTAN, y la cuestión específica, particularmente grave, de los misiles de alcance intermedio en Europa, y las actuales políticas oficiales para superar la estanflación y el malestar social en general, con sus repercusiones neoconservadoras de gran alcance.

La política oficial de defensa se basa en tres hipótesis principales. En primer lugar, que los soviéticos han establecido una considerable superioridad militar en el teatro europeo y reducido peligrosamente la actual capacidad disuasiva de la alianza de la OTAN. En segundo lugar, que sólo un amplio margen occidental de disuasión puede evitar que los soviéticos intenten invadir Europa o traten de lanzar un primer ataque devastador. En tercer lugar, que el único modo de restablecer ese amplio margen de disuasión, en caso de que los soviéticos no acepten desmantelar sus SS-20 apuntados hacia Europa, es emplazar nuevos misiles de alcance intermedio en Europa.

Las políticas económicas y culturales oficiales para superar la estanflación - y el malestar social general de las sociedades industriales - contienen una nueva evaluación crítica de casi todas las características del Estado de bienestar (considerado demasiado caro e ineficaz) y se orientan hacia la reducción drástica del gasto público y de los subsidios sociales, restricciones salariales, reducción de las importaciones y excedentes de exportación.

Estas políticas oficiales encuentran en Europa una fuerte oposición - acertada, a mi entender, y no sólo por parte de los partidos establecidos de la izquierda democrática, sino también por parte de una nueva izquierda difusa y de orientación ecológica, de los trabajadores de base y de amplios sectores de la clase media. Los adversarios de las políticas oficiales alegan que el emplazamiento de nuevos misiles de alcance intermedio hará que la guerra sea prácticamente inevitable y producirá, en nombre de una disuasión segura, el exterminio efectivo de Europa. Afirman, asimismo, que las tendencias culturales y las políticas

económicas neoconservadoras acabarán por perturbar la paz social de Europa, que tanto costó conseguir, sin resolver sus dificultades económicas. Y mantienen que si cada país adopta políticas restrictivas, se agravará forzosamente la recesión general, lo cual anulará las expectativas de todos o, al menos, la mayor parte de los países, de acumular excedentes de exportación.

En el caso de América Latina, se detectan otras causas de limitación, en especial la colosal e inmanejable deuda externa de la región y la persistente presencia de fuerzas e influencias políticas e ideológicas derechistas. Impulsados por la ilusión de mantener su credibilidad financiera internacional y bajo el liderazgo de la influencia decisiva de fuerzas derechistas internas, los grandes deudores de América Latina - Brasil, México, Argentina y Venezuela, que son, a la vez, los grandes países de la región - se niegan a coordinar sus políticas y sus esfuerzos en materia de deuda externa. Al insistir en negociar separadamente con unos acreedores bien organizados en torno al Fondo Monetario Internacional, se ven arrastrados a niveles paralizantes de recesión, a dismantelar sus sistemas industriales, conseguidos con duros esfuerzos, y a permitir que gran parte de sus poblaciones caiga en la miseria.

El impacto de la ola neoconservadora que ha alcanzado, desde el decenio de 1970, una influencia decisiva en ambas riberas del Atlántico, mantiene las relaciones entre América Latina y Europa en un estado de indeterminación. Evidentemente, siguen produciéndose intercambios nada despreciables en los planos económico y cultural, pero sólo representan el nivel mínimo de complementariedad que en realidad existe entre ambas partes. No se ha puesto en práctica, y ni siquiera es objeto de serio estudio, el importantísimo potencial de cooperación comercial, económica y cultural y de acción política conjunta.

El actual estado de indeterminación no puede durar mucho tiempo. Antes de que termine el decenio, y lo que es más probable, dentro de sólo un par de años, tendrán que producirse importantes cambios que modifiquen la dirección de las relaciones entre Europa y América Latina, sea en el sentido de una interacción activa y más estrecha o en el de seguir caminos separados. Europa, independientemente de la gran posibilidad de que haya una guerra, tenderá a hacerse más dependiente de Estado Unidos y, en determinados respectos, de Japón, mientras que América Latina reforzará sus vínculos con el Tercer Mundo o se deslizará hacia una dependencia satélite de Estados Unidos. Más probable es que en América Latina se hagan sentir ambas tendencias, lo que acentuaría todavía más sus diferencias internas y anularía prácticamente la capacidad de la región para mantener una unidad operacional internacional.

La escena internacional actual

La escena internacional actual se señala, como es sabido, por la aparición tras la Segunda Guerra Mundial de dos superpotencias que han adquirido las características y desempeñan en la práctica el papel de dos sistemas imperialistas.

Desde el decenio de 1960, la decadencia relativa del poderío global de Estados Unidos y la pérdida de credibilidad de la Unión Soviética como potencia declaradamente socialista comprometida con la emancipación de la humanidad han difuminado en parte sus respectivas imágenes imperiales. La total recuperación de Europa y Japón después de la guerra, que les ha conducido a los niveles más altos de desarrollo de su historia, también ha contribuido a poner de relieve la existencia de dos importantes fuerzas autónomas en la escena internacional. Lo mismo cabría decir de China a partir de la victoria de la revolución de Mao. Pero, a pesar de esas circunstancias, permanece el hecho de que el actual sistema internacional ya no se basa en un modelo de equilibrio del poder integrado por un grupo de grandes potencias, sino que se ha convertido en un sistema interimperialista en el cual dos superpotencias han alcanzado la primacía mundial y tienden a someter al mundo entero a su hegemonía, aunque no lo hayan logrado totalmente.

Los dos sistemas presentan rasgos básicos comunes y diferentes. En ambos casos, los sistemas tienen un centro y una periferia. En ambos casos, la relación centro-periferia se caracteriza, a su vez, por una relación asimétrica conflicto-cooperación. Por ende, ambos sistemas imperialistas mantienen entre sí, en un régimen inestable de equilibrio del terror, una compleja relación conflicto-cooperación en la cual el predominio del estado de conflicto nunca llega al punto - probablemente ni siquiera en caso de guerra - de eliminar un mínimo de cooperación mutua, impuesto por su propio interés.

Las diferencias entre los dos sistemas imperialistas son, al menos, tan importantes como sus rasgos comunes. El sistema imperialista soviético es monolítico y está estructurado en términos políticos por conducto de la red organizada de partidos comunistas. Se basa en la abrumadora superioridad militar de la Unión Soviética y está legitimado por la ideología oficial. En términos económicos y culturales, sin embargo, es un sistema relativamente flexible. En cambio, el sistema imperialista estadounidense es políticamente flexible y está estructurado en términos económicos y culturales por conducto de las presiones unificadoras del mercado mundial y de la cultura occidental. Se basa en la posición de predominio internacional de la economía estadounidense y está apoyado por la abrumadora superioridad militar de Estados Unidos. A diferencia del soviético, el sistema imperialista estadounidense tiene un doble centro. Estratégicamente y en última instancia, el centro es Estados Unidos como país y el gobierno estadounidense como órgano de mando. Cultural y económicamente, el sistema es policéntrico y Estados Unidos comparte las funciones de coordinación, aunque en condiciones desiguales, con las sociedades que integran la OCDE y, en potencia, con algunas sociedades periféricas.

Desde la perspectiva internacional, una importante diferencia entre los dos sistemas imperialistas, por lo que respecta a sus relaciones interimperiales e intrainperiales, es que el sistema estadounidense permite a diferencia del soviético - un importante margen de autonomía a algunos de los países que lo

integran. Así ocurre, en primer lugar, con los países que comparten con Estados Unidos la función de centros económicos y culturales del sistema imperialista: los países europeos, Japón y, hasta cierto punto, Canadá. Lo mismo cabe decir, aunque con menor nivel de autonomía nacional e internacional, respecto de algunos países periféricos que han adquirido preponderancia regional. Estos serían, básicamente, Brasil y Argentina en América Latina, India y Pakistán en Asia, Nigeria en África e Irán, Argelia y Egipto en Oriente Medio. En esta misma región, Israel disfruta de la condición especial de ser una avanzadilla autogobernada del sistema al tiempo que, debido a la importancia de la opinión judía en este último, ejerce un amplio margen de dominación interna.

En el bando soviético, China ha logrado liberarse de la hegemonía soviética sin modificar su ideología básica y sin pasarse al bando contrario. Gracias a su inmensa población, a sus vastos recursos y a otros factores - en particular la magnitud de su movilización política interna independiente - China ha podido alcanzar la condición de primacía regional y desempeña un papel internacional totalmente independiente, aunque no incondicional.

En esta escena mundial y dentro del sistema imperialista estadounidense, se permite un importante margen internacional de autonomía económica y, en menor medida, política a los países cuyas condiciones les permiten ejercer esa autonomía, siempre que no pongan en peligro intereses estratégicos importantes del centro imperial. Los países de Europa occidental son los que, en general, disfrutaban de mayor margen de autonomía. Pueden realizar las transacciones económicas más diversas, incluso cuando, como ocurrió con el gasoducto soviético, se consideran estratégicamente inconvenientes y tropiezan con la decidida oposición de los Estados Unidos. Hasta cierto punto, pueden hacer sus propias guerras nacionales, como ocurrió en las Islas Malvinas, incluso a costa de enajenar las simpatías de toda una región frente a Estados Unidos. También pueden tomar decisiones internas de gran alcance estratégico, como ocurrió con Francia, que se retiró parcialmente de la OTAN o como sucede ahora con algunos países europeos que se niegan a emplazar en sus territorios misiles de alcance medio.

También se permite un margen relativamente amplio de autonomía internacional - aunque en menor escala - a América Latina como región e, individualmente, a países grandes como Brasil y Argentina y, a menor nivel, México y Venezuela. Si movilizaran para ello los recursos internos necesarios, podrían realizar grandes transacciones independientes con Europa occidental y fuera de la región. También pueden ampliar considerablemente sus relaciones económicas - pero no las militares - con países del bando soviético.

Necesidades europeas

Por sus condiciones internas y por su posición en el mundo, la estabilidad de los países europeos depende de ciertos requisitos básicos que ningún gobierno puede desdeñar sean cuales sean sus tendencias ideológicas y programáticas. Esos

requisitos se pueden reagrupar en cuatro categorías: 1) mantenimiento de la seguridad estratégica de Europa; 2) mantenimiento del consenso interno necesario para el funcionamiento de la democracia social; 3) mantenimiento de las condiciones económicas y sociales necesarias para mantener el pleno empleo o reducir al mínimo la duración y la magnitud del paro; 4) mantenimiento de un equilibrio de pagos suficiente para asegurar las importaciones esenciales.

Desde el punto de vista de la seguridad estratégica, las necesidades de Europa no son exactamente las mismas que las estadounidenses. Para los europeos, la seguridad estratégica no se reduce a la mera disuasión y va más allá de la capacidad de una destrucción mutua segura. Aunque Estados Unidos, gracias a sus enormes dimensiones y su multiplicidad de centros, pueda permitirse, llegado el límite último de una confrontación nuclear, el sacrificio de gran parte de su población y de su territorio, comprendidas algunas ciudades clave, los países europeos, cada uno de los cuales está circunscrito a pequeños territorios y tiene una población pequeña concentrada en una o dos ciudades, no pueden permitirse semejantes pérdidas. Más que la destrucción mutua o la disuasión, la seguridad estratégica corresponde, a juicio de los europeos, a la prevención creíble de toda posibilidad de intercambio nuclear.

En lo que respecta al mantenimiento de la democracia social, las condiciones también son diferentes para europeos y estadounidenses. Estados Unidos tiene una democracia de masas, pero no precisamente una democracia social. La diferencia no reside principalmente en cuestiones de seguridad social, sino que deriva del consenso social. La democracia de masas estadounidense depende del predominio político de una mayoría popular, aunque grandes sectores de la opinión pública queden totalmente al margen. La democracia europea, aparte de la norma de la mayoría, requiere un acuerdo social básico con las principales políticas gubernamentales. Por eso, los efectos sociales del paro en Europa y en Estados Unidos no son los mismos. En Estados Unidos se ha mantenido un desempleo crónico de más del 5 por ciento sin graves problemas políticos, lo que no sería tolerable a la larga en Europa.

También los problemas de la balanza de pagos son diferentes en Europa y en Estados Unidos. Este último tiene, básicamente, una economía autárquica que depende en escasa medida, en términos de su PNB, de importaciones esenciales. Además, mientras el dólar mantenga su condición de moneda internacional, Estados Unidos puede cubrir sus déficit de balanza de pagos con emisiones de su propia moneda.

Visto a la luz de esas necesidades básicas, los recientes acontecimientos políticos en Europa, tanto desde el punto de vista nacional como internacional, parecen cada vez menos satisfactorios. La crisis del Estado de bienestar, debido a abusos de los sindicatos como en el Reino Unido o a problemas económicos como en Alemania, ha causado una oleada neoderrechista, tanto ideológica como a nivel de las políticas reales. Las políticas de los gobiernos neoconservadores, sin embargo, están

poniendo en peligro las necesidades básicas de la estabilidad europea.

Al no ver satisfechas suficientemente las necesidades básicas de su estabilidad social y nacional, los países europeos tendrán que decidir a corto plazo si desean o no recuperar su anterior estabilidad. Toda respuesta positiva exigirá que se determinen claramente las condiciones necesarias para restablecer esa estabilidad.

Los problemas que entraña la recuperación de la estabilidad europea no son esencialmente de carácter partidista. Uno de los logros del Estado de bienestar europeo ha sido su capacidad para resistir a los cambios políticos y a la rotación de los partidos políticos en el poder. Lo que está en juego es tipo de decisiones políticas compatibles con la estabilidad europea y las condiciones necesarias para mantener su base consensual. En términos de decisión política, la cuestión clave es cuál es el grado de desacuerdo compatible con el mantenimiento del consenso social. En términos de condiciones para el consenso, la cuestión clave se centra en los recursos y las oportunidades.

Para reducir el problema a sus términos más simples, yo sugeriría que implica dos cuestiones fundamentales. La primera es la cuestión de la defensa. ¿Cómo conservar la seguridad estratégica de Europa sin caer en las trampas de la mera disuasión o de la posible capitulación? La segunda es una cuestión de recursos y oportunidades. ¿Cómo recobrar, en términos no inflacionarios, una tasa suficiente de crecimiento económico que lleve al pleno empleo y asegure la cobertura de las importaciones esenciales?

Un análisis, por breve que sea, de las opciones para la seguridad estratégica de Europa desbordaría el presente estudio. Me limitaré a subrayar que la seguridad europea es una cosa si se ve como parte de la seguridad estadounidense, y otra cosa muy distinta si se considera en términos europeos. El compromiso con la seguridad general del bando occidental puede apuntar también hacia la desnuclearización general de las mitades de Europa, aunque sin excluir un equilibrio de fuerzas convencionales y el mantenimiento de una disuasión global equilibrada entre las dos superpotencias.

Por lo que respecta a la movilización de recursos y oportunidades económicas adicionales para Europa, depende, entre otras condiciones, de que se establezca una nueva relación entre Europa y el Tercer Mundo, en particular América Latina.

Las necesidades de América Latina

Al igual que en Europa, las condiciones internas e internacionales de los países de América Latina exigen para el mantenimiento de su estabilidad social y nacional determinados requisitos básicos que ningún gobierno puede olvidar. Esos requisitos se pueden agrupar en cuatro categorías: 1) mantenimiento del equilibrio estratégico internacional, habida cuenta, en última instancia, de la pertenencia de América Latina al bando occidental; 2) mantenimiento de las condiciones internas

compatibles con el desarrollo político y social; 3) mantenimiento de una tasa mínima de crecimiento económico real suficiente para absorber el crecimiento demográfico; 4) reformulación de la deuda externa, a fin de hacerla compatible con las necesidades mínimas de la estabilidad interna y el crecimiento económico suficiente.

Desde el punto de vista de la estrategia internacional, existe una importante diferencia entre las perspectivas de América Latina y las de Europa, comparable con las diferencias en cuanto a problemas estratégicos según se vean desde Europa o desde Estados Unidos. Los países latinoamericanos son, a la vez, países del Tercer Mundo y países occidentales. Como países del Tercer Mundo, necesitan mantener un equilibrio estratégico básico entre los sistemas internacionales estadounidense y soviético. A diferencia de los países europeos, los latinoamericanos no podrían, en su estado actual, mantener una autonomía relativa, ni siquiera a nivel interno, en un mundo que estuviera totalmente sometido a la hegemonía de Estados Unidos. Pero, también a diferencia de algunas otras naciones del Tercer Mundo, los países de América Latina, como sociedades occidentales, pertenecen, estructuralmente, al occidente, y siempre han de tenerlo en cuenta.

Por lo que respecta al desarrollo socio político y el crecimiento económico, se debe subrayar que los países latinoamericanos tienen una necesidad absoluta de desarrollo social y político si quieren convertirse en democracias sociales estables. A fin de alcanzar ese objetivo, también es imperativo que mantengan un mínimo de crecimiento económico real. Si bien en América Latina se reconoce generalmente que la tasa de crecimiento demográfico existente en la mayor parte de los países (que actualmente es de alrededor del 2.5 por ciento), es excesiva con vistas al desarrollo y que una planificación correcta de la familia debería orientarse a reducirla al 1.5 por ciento como máximo, también es evidente que, incluso las políticas demográficas más eficaces, tardan más de un decenio en producir resultados. Así pues, en el contexto actual, hace falta un crecimiento económico mínimo del 5 o el 6 por ciento al año que genere el número suficiente de nuevos puestos de trabajo para absorber el crecimiento demográfico de la región.

En cuanto a la tan debatida cuestión de la colosal deuda externa de América Latina, es necesario hacer algunas aclaraciones. Contra lo que opinan los sectores conservadores de Europa y los Estados Unidos, gran parte de la deuda latinoamericana no puede atribuirse a que se hayan pedido préstamos irresponsables ni a que haya habido mala gestión. Aunque aproximadamente la mitad de la deuda es de origen funcional, el saldo final se debe, en parte, a la decisión unilateral del gobierno de los Estados Unidos de aumentar los tipos de interés muy por encima de la tasa de inflación estadounidense y, en parte, al derrumbamiento de los precios de la mayor parte de las exportaciones latinoamericanas en el último decenio, acompañado de constantes aumentos de los precios de las importaciones de la región.

Pero lo importante para el presente debate no es tanto el origen de esa enorme deuda, de casi 300.000 millones de dólares, como el problema de su gestión en condiciones compatibles con las necesidades mínimas de las sociedades latinoamericanas y con los derechos básicos de sus acreedores. Independientemente de detalles técnicos toda solución razonable deberá prever la amortización o la compensación del principal de los préstamos en unos plazos y con unos intereses que sean compatibles con las posibilidades sociales y económicas de los deudores. Los expertos coinciden, por regla general, en que esas condiciones imponen la renegociación global del conjunto con un plazo de gracia, incluidos los intereses, de unos tres años y otros 25 años para amortizar el principal, a tipos de interés muy moderados.

Opciones básicas

Ha llegado el momento, tanto en Europa como en América Latina, de establecer opciones importantes. La crítica del Estado de bienestar y la revisión práctica de varias de sus políticas ya han producido todo el bien y todo el mal de que eran capaces. A partir de ahora, los problemas en Europa irán adoptando un sentido muy distinto. Lo que está en juego ya no es fundamentalmente una cierta concepción teórica y práctica de la democracia social, sino cada vez más la cuestión, en términos internacionales, de si los países europeos son capaces o no de hallar, dentro del bando occidental, un lugar apropiado desde donde puedan mantener sus intereses vitales y su autonomía sin debilitar la capacidad estratégica global de occidente y sin encaminarse hacia una rendición potencial al poderío soviético. Lo que también está en juego, a nivel interno, es la cuestión de si los países europeos son capaces o no de deshacerse del puro negativismo del neoconservadurismo sin recaer en las ilusiones de prosperidad fácil del decenio de 1960.

Por el lado latinoamericano, las opciones que se deben tomar en cuenta a breve plazo, también son importantes e inevitables. La crítica del populismo de los años 50 y a principios del 60, así como la revisión, en la práctica, de las políticas que de ese proceso se desprenden, están fuera de lugar desde hace tiempo. El modelo militar anterior, conservador, dio todo lo que podía dar; tanto a nivel de las obsoletas políticas monetaristas - el caso de Argentina y Chile - como a nivel de la nueva ortodoxia inspirada en el FMI, que fue la forma adoptada en Brasil bajo el gobierno de Figueiredo. Saber si los países latinoamericanos son capaces de conciliar el manejo de su deuda externa con las exigencias mínimas y necesarias para asegurar la estabilidad social y nacional, es el problema que hoy se plantea.

A ambos lados del Atlántico la opción básica es inevitable y, a plazo relativamente corto, la gran influencia de las opiniones económicas neoconsenadoras - que se detectan, incluso, en la política de Mitterrand en Francia y en la de De La Madrid - y la persistencia de su actual orientación para lo que resta del año y para el próximo, implican una opción respecto de esos puntos de vista, cuyas consecuencias irán mucho más allá del futuro inmediato.

Sin embargo, hay cambios que son posibles bajo diversas formas. En algunos países clave de América Latina, como Argentina, Venezuela y Brasil, han sido elegidos gobiernos centrales que tienen la posibilidad de llevar adelante importantes cambios en la política de estos países. En Europa, entre tanto, las políticas actuales han sido adoptadas por gobiernos recientemente elegidos y, cualquiera sea el cambio previsible, éste debe implicar que los partidos en el poder realicen una revisión crítica mucho más profunda de algunas de sus opciones fundamentales.

Es dentro de ese marco de cambios posibles, tanto en Europa como en América Latina, donde se forjarán las perspectivas de la futura relación entre América Latina y Europa.

Las opciones a las que se enfrentan, a nivel nacional e internacional, los países europeos y latinoamericanos, son de la mayor importancia para sus intereses nacionales y su futuro. Pero, en lo que respecta a sus efectos para la relación entre América Latina y Europa, presentan consecuencias muy distintas para las dos partes. Para América Latina, una mejoría considerable, en cantidad y en calidad, de sus relaciones con Europa es imprescindible a corto plazo. Esa mejoría determinará, en gran parte el que puedan o no conciliar su estabilidad social y su autonomía y recuperación nacionales con la participación activa en el mercado mundial, y esa participación determinará, a su vez, en gran medida, el mantenimiento del modo de vida occidental. A largo plazo, no obstante, el futuro económico de los países latinoamericanos, al menos de los grandes países, dependerá, en mucha mayor medida, de su propio desarrollo interno que de ningún otro factor. Hasta qué punto sean capaces de mantener el estilo de vida occidental condicionará profundamente, sin embargo, algunos valores muy básicos.

Para los países europeos, sus relaciones con América Latina tendrán menor importancia a corto plazo y sus consecuencias serán menos visibles. A medio y largo plazos, sin embargo, el mantenimiento de la viabilidad y la autonomía europeas dependerá, en gran medida, del tipo de relación que los europeos sean capaces de establecer, ahora y en este decenio, con el Tercer Mundo en general y con América Latina en particular.

En el sistema interimperial de nuestros días, en el que la viabilidad y la autonomía de las naciones depende de las pautas de sus relaciones intrainimperiales, los pequeños países europeos, incluso con el refuerzo que les aporta la Comunidad Europea, no reunirán por sí solos las condiciones necesarias para resistir a los desafíos económicos, tecnológicos y políticos de los próximos decenios. Sólo la creación de una relación estructuralmente bien equilibrada y duradera con el Tercer Mundo como un todo, y con su parte más dinámica y en desarrollo que es América Latina, proporcionará a los países europeos los recursos y las oportunidades adicionales necesarios para mantener su vitalidad económica y

política.

En el marco de una nueva relación entre América Latina y Europa, hay espacio para determinados tipos de colaboración bilateral particularmente estrecha. Ya es claramente advertible la propensión a esa colaboración, condicionada por la experiencia histórica y por sus complementariedades actuales. Entre esas posibilidades se puede señalar claramente la propensión a una relación especial entre Argentina y el Reino Unido, una vez que se resuelva inteligentemente la cuestión de Las Malvinas. Otra propensión visible es a una colaboración más estrecha entre México y Francia. Por último, la relación bilateral Brasil-Alemania ya se ha iniciado en parte, y encierra posibilidades extraordinarias.

Una nueva relación entre América Latina y Europa presenta condiciones comparables a aquéllas en que algunos países más desarrollados de América Latina, como Brasil, están ampliando sus relaciones con Africa.

En términos generales, los países europeos ocupan ante los de América Latina posiciones comparables con las que los latinoamericanos ocupan ante los países africanos. La posibilidad de una relación mutuamente beneficiosa entre esos grupos de países en el momento actual depende de hasta qué punto esa relación sea menos asimétrica que la establecida abiertamente por el mercado internacional.

Ante las abrumadoras posibilidades de los Estados Unidos y con el desafío de la extraordinaria capacidad innovadora de la tecnología japonesa, los europeos y los latinoamericanos deberán conceder, si quieren ser competitivos, ventajas compensatorias a sus interlocutores. Esas ventajas deberán consistir no tanto en facilidades coyunturales de precios y de financiación - que al final soportarán los países exportadores -, sino en una relación más justa de intercambio, de transferencia de tecnología y de asociaciones en empresas conjuntas. El desarrollo recíproco a través de una asociación justa es la consigna clave para unas nuevas relaciones entre América Latina y Europa.

Referencias

Anónimo, DEMOCRACIA Y DEMOCRATIZACION: UN DIALOGO ENTRE EUROPA Y AMERICA LATINA. 3 AL 5 DE JUNIO DE 1986. - Estrasburgo, Consejo de Europa y el Instituto de Relaciones Europeo-Latinoamericanas (IRELA). 1986.